

LA CONCEPCIÓN DEL UNIVERSO: DE PTOLOMEO A COPÉRNICO.-

Nicolás Copérnico nació en Torun, Prusia-Polonia, el 19/02/1473 y falleció en Frombork, Prusia-Polonia, el 24/05/1543. Copérnico había estudiado derecho y medicina en Cracovia y Bolonia, siendo después canónigo en Frauenburg, Prusia occidental. Partiendo de los trabajos del viejo Ptolomeo, el creador de la concepción geocéntrica del universo, Copérnico llegó a la conclusión de que los movimientos de los planetas podían explicarse mejor si se supone que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, y no al revés. Esta hipótesis era tan atrevida que Copérnico sólo se la comunicó a iniciados en la materia y, efectivamente, cuando sus contemporáneos lo escuchaban, movían la cabeza en señal de desaprobación, pues la idea les parecía absurda y contraria a la evidencia. Lutero y Melanchton también la rechazaban, ya que la Biblia decía que Josué detuvo el Sol y no la Tierra. La Iglesia se indignó, a pesar de que Rheticus, astutamente, había dedicado su escrito al Papa. Y cuando Giordano Bruno, un neoplatónico radical, se atrevió a relacionar su panteísmo herético con la teoría de Copérnico, la Iglesia se vio obligada a quemar públicamente al filósofo.

En 1543, poco después de su muerte, se publica la versión definitiva de la teoría copernicana con el título *De revolutionibus orbium coelestium libri VI*, seis libros sobre las órbitas de los cuerpos celestes. Cuando Galileo insinuó que Copérnico podría tener razón, el Papa le hizo conocer la cámara de tortura, por lo que reexaminó sus papeles, dijo haberse equivocado, y afirmó que efectivamente la Tierra no se movía. Pero cuando se recuperó de este golpe, murmuró: «Sin embargo, se mueve», lo que ilustra la incipiente obstinación de los científicos. En 1616, año en que nació Shakespeare -para quien la concepción tolemaica del universo era más poética que la copernicana-, el Papa incluyó el libro sobre las revoluciones celestes en el *Index librorum prohibitorum*, la lista de libros prohibidos y hasta 1757 continuó siendo censurado. Desde entonces los polacos afirman que Copérnico era polaco, y los alemanes dicen que era alemán; anteriormente había sido al revés.

La Iglesia arremetió tan violentamente contra la Revolución copernicana porque ésta implicaba el derrumbe del edificio de tres plantas de la tradición: en la planta superior se encontraba el cielo, en la planta baja la Tierra y en el sótano el infierno. De repente, la Tierra y los otros planetas navegaban a la deriva por el espacio cósmico, algo que significaba un desahucio, una segunda expulsión del paraíso. Ya no se vivía en el centro del universo, lo que equivalía al exilio. El hombre se quedaba sin patria, y Dios, que antes habitaba en la planta alta, ¿dónde estaba ahora Dios?

Este es el motivo de que la teoría copernicana tardase tanto en ser aceptada. El siglo XVI se atuvo a la concepción tolemaica del universo, y la amenaza que suponía quedarse sin patria provocó un aumento de la superstición. La oscuridad del universo infundía miedo. El antiguo calendario babilónico y sus signos zodiacales, cuya única función había sido fortalecer la memoria de los hombres, se transformó ahora en un sistema de mágicas influencias astrales. La más absoluta estupidez se abrió paso, llegándose a creer que el signo zodiacal bajo el que se nacía, determinaba totalmente el destino de una persona, y atribuyendo a los cuerpos celestes, que navegaban indiferentes por el espacio cósmico, efectos sobre el carácter. Quien había nacido bajo Saturno, era melancólico (como el grabado de Dürero titulado *Melancolía*). Los astrólogos se pusieron de moda, lo que abrió una coyuntura favorable para los negocios de charlatanes y magos. No fue solamente la época de Copérnico, sino también la de Nostradamus, Agrippa y Johannes Faust. Nostradamus (cuyo verdadero nombre era Michel de Notre Dame) predijo que Carlos IX de Francia viviría noventa años y el hecho de que Carlos muriese a los veinticuatro no dañó demasiado su credibilidad. Heinrich Cornelius Agrippa, mago de Colonia, decía tener poderes sobre los demonios y que uno de ellos lo acompañaba en forma de perro (Agrippa había elegido para su perro el nombre de Demonio). De aquí procede la leyenda del pacto entre el diablo y el brujo Johannes Faust (aunque Goethe da a su Fausto el nombre de Heinrich en recuerdo de Heinrich Agrippa).

Como diría después el filósofo francés Pascal: los espacios infinitos del universo dan miedo.